

## La sabiduría y el sabio en Cicerón

Solamente por una intención de monografía, y obligado por la carencia de espacio de esta publicación, en honor de nuestro admirado colega el Prof. José Oroz, me dejo llevar de la osadía de aislar los conceptos *sapientia*, *sapiens* en Cicerón de las demás virtudes cardinales, puesto que en su consideración estos conceptos están íntimamente integrados en el contexto del hombre perfecto.

La perfección humana para Cicerón surge de cuatro virtudes: «O bien consiste en el diligente y exacto conocimiento de la verdad; o en la defensa de la sociedad humana dando a cada uno lo suyo y observando la fidelidad de los contratos; o en la grandeza y vigor de un alma excelsa e invicta; o en el orden y medida en cuanto se hace y se dice. En esto precisamente consiste la moderación y la templanza»<sup>1</sup>. Estas cuatro virtudes están íntimamente unidas entre sí, aunque cada una de ellas tiene su objetivo propio<sup>2</sup>, y forman la verdadera imagen de lo honesto. «lo cual si se contemplara con los ojos, excitaría, como dice Platón, un amor ardiente de la sabiduría»<sup>3</sup>.

Aunque la sabiduría es una virtud que va en busca de la verdad<sup>4</sup>, no obstante, como las virtudes, que son prácticas, va también orientada hacia la acción, porque según dice nuestro autor «la esencia de toda virtud está puesta en la acción»<sup>5</sup>, «y en la práctica»<sup>6</sup>, porque la honestidad, es decir, la perfección de la naturaleza,

1 Cic. *Off.* 1, 15; *Fin.* 2, 47.

2 *Off.* 1, 13-14.

3 *Off.* 1, 15; Plat. *Fedro*, 250 d; cf. *Fin.* 2, 52.

4 *Off.* 1, 16.

5 *Off.* 1, 19.

6 *Rep.* 1, 2.

debe manifestarse en todos los estados y condiciones de la vida. No hay un solo momento en la vida, tanto en los negocios públicos, como en los privados, en los forenses como en los propiamente domésticos, ya meditemos algo en la intimidad o ya conversemos con otros, en que no se plantee la cuestión del deber. En su cumplimiento está puesta la honestidad de la vida, y en la negligencia toda la torpeza»<sup>7</sup>.

Presupuesto todo esto, como hemos empezado diciendo, concretemos el tema.

### 1. *La sabiduría*

La primera virtud voluntaria, ya porque todas nuestras inclinaciones y nuestros actos deben ir guiados por la razón, ya porque ésta es la primera de nuestras facultades, es el ansia de conocer, esto es, la sabiduría. La primera inclinación del hombre es la investigación y conocimiento de la verdad<sup>8</sup>. Virtud connatural al hombre<sup>9</sup>, que se llama sabiduría y prudencia, que nace de la indagación y descubrimiento de la verdad, porque tal es el oficio propio de esta virtud. La prudencia mira al conocimiento de la verdad en la elección entre los bienes y los males, la sabiduría se refiere más al conocimiento y a la ciencia. Toda la actividad mental y todos los movimientos del alma deben aplicarse a la adopción de resoluciones concernientes a cosas honestas y que contribuyen a la felicidad de la vida (prudencia), y al estudio y conocimiento de la verdad (sabiduría)<sup>10</sup>. Pero M. Tulio, al igual que Zenón, toma ambas

7 *Off.* 1, 4.

8 *Off.* 1, 13; *Fin.* 2, 46. Según *Off.* 1, 13 al «conocimiento de la verdad va unido cierto deseo de independencia; de forma que a nadie se sujeta voluntariamente a un ánimo bien formado por naturaleza, sino a quien le instruye o le enseña, o le manda con justo y legítimo derecho» y por otra parte el ansia de comunicar y utilizar en bien de los demás lo que se ha aprendido (*Leg.* 1, 62). En esto ve P. Colín las dos virtudes esenciales de la inteligencia fundada sobre el espíritu de la verdad: la independencia y la generosidad. «La independencia porque la habitación interior en el Espíritu de Verdad me libera de toda subordinación a la historia y a la sociedad. Poco importan los sentidos en la luz actual del Espíritu de Verdad. La generosidad, porque siendo dócil a este espíritu, me hago atento y comprensivo al pensar de otros. Contra el aislamiento en que tengo siempre el peligro de caer, el Espíritu de Verdad me incita al diálogo, prueba que mi unión al Espíritu de Verdad, no es de palabra, sino de obra» (Pierre Colín «Vérité divine et vérité humaine» en *L'homme devant Dieu, Mél. Henri de Lubac*, Aubier 1964, vol. 3, p. 117-24).

9 *Off.* 1, 15; 18-19; *Leg.* 1, 58 ss.

10 *Off.* 1, 20; 153.

virtudes como una sola en el plano del conocimiento<sup>11</sup>. Por eso el hombre que con más claridad percibe la pura e ingenua verdad de las cosas es tenido por el más sabio y el más prudente<sup>12</sup>. Cuando Cicerón distingue en la naturaleza la razón y el apetito, da a la primera el cometido de «enseñar y explicar lo que hay que hacer y hay que evitar»<sup>13</sup>; y cuando distingue juntamente los dos movimientos del alma, «el pensamiento, que se aplica a la búsqueda de la verdad, y el apetito, que se dirige a la acción», añade: el entendimiento se ocupa en la investigación de la verdad; la voluntad impele a obrar. Es, pues, necesario tener el pensamiento ocupado en las ideas mejores, y la voluntad sujeta en todo a la razón»<sup>14</sup>. Considerando casi siempre la razón en función del bien obrar, siendo preciso que el apetito se subordine siempre a la razón<sup>15</sup>.

Cicerón presenta la definición de la sabiduría en varios lugares: «¿Qué hay más útil y más digno del hombre? Los que se entregan con ardor a su consecución se llaman filósofos, y la filosofía, si queremos traducir exactamente la palabra, no es otra cosa más que «el amor de la sabiduría». Y la sabiduría, según la definición de los antiguos filósofos, es «la ciencia de las cosas divinas y humanas, y de las causas en que se fundan»<sup>16</sup>. «La sabiduría no es otra cosa que la ciencia de las cosas divinas y humanas, en que se contienen las relaciones recíprocas de los dioses y de los hombres, y la sociedad de los hombres entre sí»... por esa la *cognitio* hay que ponerla ante todo<sup>17</sup>. «¿Y a qué concedían entre los antiguos el nombre hermosísimo de sabiduría sino a la ciencia de las cosas divinas y humanas y al conocimiento de los principios de las causas de todo ser?»<sup>18</sup>.

11 *Off.* 1, 15-16.

12 *Off.* 1, 16.

13 *Off.* 1, 101.

14 *Off.* 1, 132.

15 *Off.* 1, 101-102. Cuando la razón no domina los apetitos se perturba no solamente el ánimo sino también el cuerpo, como vemos en los rostros de los airados (102). Es preciso reprimir y dominar las pasiones, y avisar la consideración y el cuidado para no hacer nada sin razón, ni consejo, ni reflexión. No nos ha colocado en el mundo la naturaleza para juegos y pasatiempos, sino para una vida serena y para que realicemos actos de gravedad y de importancia (103).

16 *Off.* 2, 5; Cf. Seneca, *Ep.* 89, 5.

17 *Off.* 1, 152-155; *Fin.* 3, 64.

18 *Tusc.* 5, 7.

«Puede decirse que la sabiduría es la ciencia de las cosas divinas y humanas y el conocimiento de las causas y razones de las cosas. De donde resulta que el sabio imita el ser divino y excede con su virtud a todas las cosas humanas e inferiores»<sup>19</sup>.

A todos nos cautiva y encanta el deseo de saber, y es un honor el sobresalir en esta virtud. Pero en ella debemos evitar dos escollos: el primero, que empleemos el tiempo y el trabajo necesario para no dar las cosas ignoradas por conocidas, y no asintamos a verdad alguna, sin las pruebas convincentes; el segundo que no consumamos nuestras fuerzas, ni gastemos el tiempo en averiguaciones abstrusas e inútiles. Todos nuestros pensamientos y esfuerzos de la mente se dirigirán hacia el conocimiento de la honestidad, de la bondad y de la felicidad de la vida, o en estudios de la ciencia y del conocimiento de cosas inútiles<sup>20</sup>.

Pero todos los conocimientos adquiridos han de ordenarse no al alcance de una serie de saberes inactivos, sino a la práctica de la vida. Por eso el hombre, aún sintiendo la apetencia de la búsqueda de la verdad, ha de regularla ésta por los ratos libre de su ocupación, activa en el bien directo de su acción, sobre todo social y patriótica<sup>21</sup>, ya que toda la gloria de la virtud consiste en la acción, en el esfuerzo mental de la búsqueda de la verdad y en la determinación sobre las cosas honestas y atinentes a la vida cabal y feliz<sup>22</sup>.

El concepto que de la virtud tenía ya la primera Estoa muy próximo al de Aristóteles, indica que la virtud no es un puro conocimiento, sino una dirección de la voluntad, apoyada en las consideraciones racionales, el recto saber —decían— lleva al recto obrar. Aquí Cicerón, con una frase felicísima, aprecia la virtud no por el concepto que de ella se tenga, sino por su plasmación en obras de la propia vida, cosa que radica en el *ethos* del hombre, en

19 *Tusc.* 4, 57; cf. *Fin.* 2, 37. Según Heráclito (frgm. 112) «la sabiduría es la virtud suprema, y sabiduría es decir y hacer cosas verdaderas, prestando oídos a la naturaleza y conformándose a ella», pero a veces, dice (en el frgm. 123) «a la naturaleza le gusta esconderse». En esta definición de Heráclito se mezcla la sabiduría y la prudencia. Cicerón las distingue perfectamente en *Off.* 1, 153; *Cic. Hort. frag.* 58; *Leg.* 1, 60; *Rep.* 6, 1. La prudencia se fija sobre todo en el discernimiento de las cosas buenas, malas e indiferentes. cf. *Off.* 1, 153; *Fin.* 5, 67; *Nat. De.* 3, 38. La *prudentia* es la *sapientia* en el orden práctico, como se ve en el citado fragmento del *Hortensius* y Séneca, *Ep.* 80, 5.

20 *Off.* 1, 18.

21 *Off.* 1, 13; 19.

22 *Off.* 1, 19.

su constitución natural, que puede ennoblecerse por medio de un continuo ejercicio de autoeducación. Esta idea aparece totalmente de acuerdo con lo más íntimo del pensamiento de Panecio, que desde un principio estuvo orientado más hacia la vida pública y política, que a la ciencia y a sus problemas<sup>23</sup>.

Cicerón juega con las palabras *otium* y *negotium*. El *negotium* es la regla en el hombre; el *otium* es una situación impuesta por las circunstancias, en que el hombre debe enriquecer sus conocimientos teóricos para perfeccionar su alma y enseñar e ilustrar a los otros miembros de la sociedad<sup>24</sup>, y venerar a los dioses emparentados con los hombres en razón de la misma sociedad<sup>25</sup>.

En este aspecto la *cognitio*, considerada como *prudencia*, que es la sabiduría de elegir lo bueno, «tiene su cometido en la elección de los bienes y de los males; la malicia, si todas las cosas que son torpes, son también malas, antepone el mal al bien»<sup>26</sup>, recae sobre el *decorum* y lo *honestum*. Por *prudencia* —que los griegos llaman *frónesis*— entendemos el conocimiento de lo que debe hacerse o evitarse»<sup>27</sup>. «En efecto, es decoroso pensar y hablar con prudencia, y hacer lo que hacemos con consideración, y ver en todas las cosas qué hay de verdad y atenerse a ella; por el contrario, el equivocarse, y permanecer en el error, fallar y dejarse engañar, es tan poco decoroso como el delirar y haber perdido la cabeza»<sup>28</sup>.

Con ello manifiesta Cicerón que la prudencia es una parte específica del *decorum*, muy próxima a la moderación y a la templanza<sup>29</sup>, y define la moderación como la «ciencia de la oportunidad, el arte de conocer el momento más adaptado para nuestros actos»<sup>30</sup>, agregando enseguida: «pero esta definición puede aplicarse también a la prudencia»<sup>31</sup>. Antes había definido el *decorum*: todo lo

23 *Off.* 1, 17; 153-155. Lo que hace en realidad Cicerón, mientras puede servir a la patria: obra; cuando las circunstancias se lo impiden, trata de servirle con sus trabajos filosóficos y literarios (*Off.* 2, 2-4; *Tusc.* 1, 1).

24 *Rep.* 1, 1-14.

25 *Leg.* 1, 21-26.

26 *Off.* 3, 71.

27 *Off.* 1, 153; 142-143; 3, 71; *Fin.* 5, 67; en cambio en 1, 15 relaciona entre sí la sabiduría y la prudencia.

28 *Off.* 1, 94; 1, 18.

29 *Off.* 1, 142-143.

30 *De Invent.* 1, 40: «Occasio est pars temporis, habens in se idoneam faciendi opportunitatem». En cambio en *Invent.* 2, 164, la define: «Modestia (est) per quam pudor honesti curam et stabilem comparat auctoritatem».

31 *Off.* 1, 143.

que se halla conforme con la excelencia del hombre precisamente en aquello que su naturaleza lo distingue de los demás animales... lo que es tan conforme con la naturaleza que en él aparece la moderación y la templanza unidas a los modales de educación perfecta<sup>32</sup>. La prudencia es en la acción la habilidad que juntamente con la justicia atrae la confianza de los demás<sup>33</sup>; y en moral, el arte de la oportunidad y del saber discernir lo que piden las circunstancias del momento<sup>34</sup>.

La proyección total de la sabiduría tiene tres estadios o planos: «El primero descubre lo que hay de verdad y de sinceridad en cada cosa, qué es lo que le conviene, qué efectos produce y de qué causa procede; el segundo consiste en contener las turbaciones del alma, que los griegos llaman *páze*, y reducir a la obediencia de la razón los apetitos que ellos llaman *hormás*; y el tercero, trata con moderación y cortesía a aquellos con quienes nos reunimos socialmente, para que con su cooperación podamos tener en grande y bastante abundancia lo que desea la naturaleza, y apartar con su asistencia los ataques que pueden hacernos, y tomar venganza de quienes hayan intentado perjudicarnos, e infligirles el castigo que nos consiente la discreción y la humanidad»<sup>35</sup>.

La sabiduría y la prudencia deben observar en cada acción otras tres cosas: que el apetito esté siempre sometido a la razón; que el esfuerzo y la diligencia puesta sea proporcionada a la obra que se emprende; y en tercer lugar, que se tenga en todo momento a salvo la dignidad y el porte exterior de la persona. De todo ello lo más importante es mantener el apetito sometido a la razón y no excederse en nada<sup>36</sup>. Y no ha de preterirse nunca la convivencia y la sociedad humana<sup>37</sup>.

El cometido propio de la sabiduría es el perfeccionamiento del hombre íntegro, compuesto de cuerpo y alma<sup>38</sup>. La naturaleza quiere que todo llegue a su perfección, sobre todo en el hombre; y siendo el alma tan noble, que sólo admite comparación con Dios, su perfeccionamiento consiste en la madurez de la razón, es decir,

32 *Off.* 1, 96.

33 *Off.* 2, 33.

34 *Off.* 1, 30; 31; 3, 19.

35 *Off.* 2, 18.

36 *Off.* 1, 141.

37 *Off.* 1, 157.

38 *Tusc.*, 5, 36-39.

en la sabiduría libre de errores<sup>39</sup>. Por eso la madurez humana se llama «sabiduría»: «cuando la naturaleza ha llegado a su madurez y perfección, se llama rectamente sabiduría»<sup>40</sup>, que une a los hombres con los dioses, con la naturaleza y entre ellos mismos<sup>41</sup>. La sabiduría enseña al hombre el conocimiento de todas las cosas y lo que es más, de sí mismo y de las virtudes<sup>42</sup>, lo conduce a la prudencia en el obrar ante su conciencia, ante los dioses y ante los demás hombres de una forma perfecta. La sabiduría es el conocimiento de la condición humana, como dependiente de Dios, en su realidad esencial, y en su relación con los demás, es decir, de todas las exigencias de la naturaleza humana, manifestadas en la ley natural. «Así resulta que la sabiduría es la madre de todas las buenas actividades, y por cuyo amor recibió como nombre la palabra griega de «filosofía», la sabiduría el don más fecundo, más rico y más excelente de cuantos concedieron los dioses a la naturaleza humana. Ella nos ha enseñado el conocimiento de todas las cosas, y lo más difícil de todo, a conocernos a nosotros mismos. Precepto cuya profundidad y sentido son tales, que se ha atribuido no a los hombres, sino al dios de Delfos. Porque quien se conoce a sí mismo sentirá primeramente que tiene algo divino y que su propio ingenio es como una efigie sagrada, un santuario de la divinidad, y se esforzará en que sus pensamientos y sus actos sean dignos de un tal presente de los dioses, y cuando se observe a fondo y ponga a prueba todas sus aptitudes, advertirá los recursos con que lo ha equipado la naturaleza al entrar en la vida, y cuántos medios tiene para adquirir y poseer la sabiduría, pues él concibe en su alma y en su cuerpo los principios aún oscuros de todas las cosas, esclarecidos los cuales de la mano de la sabiduría, advertirá que debe ser un hombre de bien y por ello mismo enteramente feliz. Cuando el alma, en efecto, una vez conocidas y experimentadas las virtudes, deje la esclavitud y condescendencia respecto al cuerpo, y haya sofocado la voluptuosidad como una mancha deshonrosa, y se haya liberado de todo miedo a la muerte y al dolor, y se haya asociado a sus prójimos por los lazos de la caridad, y considere semejantes suyos a todos los que ve unidos por la naturaleza, y haya abrazado el culto de los dioses y una religión pura, y haya afinado la agudeza

39 *Tusc.* 5, 39.

40 *Leg.* 1, 22.

41 *Leg.* 1, 23.

42 *Leg.* 1, 59-60.

del espíritu, como la pupila de los ojos, para elegir lo bueno y rechazar lo contrario, virtud a que se llama «prudencia», derivada de *providere* («proveer, prever»), ¿qué puede decirse o pensarse más feliz que esto?

Y cuando el mismo hombre haya puesto sus miradas en el cielo, en la tierra, en los mares, en toda la naturaleza y haya visto de dónde proceden todas las cosas, a dónde han de volver, y cómo y cuándo perecerán, qué hay en todo ello de mortal y caduco, y también lo que hay de divino y eterno, y cuando él haya descubierto, por así decirlo, el Dios que lo dirige y lo gobierna, cuando haya advertido que él no está encarcelado en las murallas de una ciudad, sino que es ciudadano de todo el mundo, entonces, en medio de esta magnificencia de cosas, ¡oh dioses inmortales! ¡cómo se conocerá a sí mismo según el precepto de Apolo Pitio! ¡Cómo desdeñará y reputará por nada todas las cosas que el mundo llama grandiosas! Y todas estas adquisiciones las rodeará como con un valladar, y las defenderá con el método dialéctico de la discusión, de la disciplina del espíritu, ciencia que permite distinguir lo verdadero de lo falso, y con una cierta habilidad de comprender cuáles sean las consecuencias de una cosa y cuáles sus contrarias.

Y cuando el alma se conozca nacida para la sociedad civil, pensará que no sólo debe usar de una sutil discusión teórica, sino también de un discurso más nutrido y continuo, con que regir a los pueblos, establecer leyes, castigar a los malvados, proteger a los buenos, enseñar a las ciudades las normas útiles a la salud y a la gloria, exhortar al honor, apartar del crimen, poder consolar a los afligidos y conseguir plasmar en monumentos eternos los hechos de los altos pensamientos de los grandes hombres y los actos ignominiosos de los malvados. Tantas y tan grandes cosas encuentran en la naturaleza humana los que quieren conocerse a sí mismos, nacen de la sabiduría, y ella misma los modela»<sup>43</sup>.

Ante este concepto grandioso de la sabiduría, resulta ridícula la tesis epicúrea, que pretende reducir esta virtud, como las otras virtudes cardinales, a una investigadora del placer<sup>44</sup>. La tesis epi-

43 *Leg.* 1, 58-62; *Fin.* 1, 2; Cf. *Tusc.* 1, 22.

44 Según Epicuro las virtudes son esclavas y servidoras del placer (*Fin.* 5, 37; 69; *Fin.* 1, 42; 46). Y de esta forma se acaba con todas las virtudes, *Acad.* 2, 140. Idea epicúrea que refuta Cicerón en *Fin.* 2, 51-59; 69.



cúrea la vemos expuesta en *De Fin.* 1, 42-46, en que el corifeo del epicureísmo termina con estas palabras: «No podemos dudar que busquemos la sabiduría por los placeres que trae consigo y evitamos la ignorancia para evitar las molestias que nos acarrea». Parecer que rebate Cicerón cumplidamente<sup>45</sup>.

La sabiduría puede chocar a veces en apariencia con la utilidad particular; pero se tratará siempre de un falso parecido de utilidad, porque nada es verdaderamente útil al hombre que no sea honesto al propio tiempo, y nada hay honesto en que no intervenga la prudencia<sup>46</sup>.

Y hay más, porque derivando todo lo honesto de cuatro fuentes: prudencia, justicia, fortaleza y templanza, la primera y principal virtud es la sabiduría, ciencia de las cosas divinas y humanas, en la cual se contiene toda la relación de los hombres con los dioses<sup>47</sup>, resultando además que la sabiduría es la madre de todas las buenas actividades<sup>48</sup>. La obligación, pues, que surge de esta virtud es la mayor y principal<sup>49</sup>. Pero esta virtud no puede quedarse en teoría, sino que lleva a la acción, porque el conocimiento y contemplación de la naturaleza queda manca y simplemente incoada, si no lleva al hombre a hacer bien a los demás.

Si la sabiduría mueve a la naturaleza humana a someterse toda entera con sus apetitos e inclinaciones a la razón, consigue el dominio de la virtud<sup>50</sup>. La suma de las virtudes se halla en la sumisión total de nuestras acciones a la dirección de la inteligencia y de la voluntad. Al hombre que conseguía esto lo llamaban los estoicos *sapiens*, y al que no, *insipiens*.

## 2. *El Sabio*

### a) *El sabio de los estoicos*

Cicerón considera el tipo de sabio que se habían forjado los estoicos, un ente, a lo sumo, de razón y tan alambicadamente

45 *Fin.* 2, 51-59; cf. 3, 26; 2, 5; 37; 1, 11; *Off.* 3, 116; *Diu.* 1, 87.

46 *Off.* 1, 15. La prudencia del hombre debe aplicarse por fin a investigar entre lo útil y lo honesto, en caso que se halle conflicto y demostrar que nada es útil que no sea honesto, y todo lo que es honesto es útil, *Off.* 3, 11-20.

47 Cf. *Fin.* 3, 65-67; *Tusc.* 4, 57.

48 *Leg.* 1, 58.

49 *Off.* 1, 153.

50 *Tusc.* 4, 34.

perfecto que no existe más que en el pensamiento, sin que en lo humano sea naturalmente posible su existencia. Lo presentan así:

El sabio es el hombre que no guarda en su ser nada que no sea enteramente racional; porque él es todo razón y sabiduría. No yerra jamás. Todos sus actos, por pequeños que sean, contendrán tanta prudencia como toda su conducta, y todo lo hace bien. No conoce el pesar, ni la tristeza, ni el temor, ni la turbación de ningún género que sea. Vive siempre en perfecta felicidad. Sólo él será libre, gozará de las riquezas, imperará como rey, apreciará la verdadera belleza. Sólo él conocerá a los dioses y será su verdadero sacerdote. Sólo él será útil para sí mismo, para su casa, para su patria, para la sociedad entera; y él, únicamente, disfrutará del placer de los buenos amigos. Sólo él es libre, sólo el ciudadano, sólo el rico, sólo él domina su fortuna, sólo el príncipe, sólo el emperador, sólo el cónsul<sup>51</sup>. Sólo él disfruta de los bienes de este mundo, sólo él se ve libre de enfermedades y de dolores, para él sólo se ha creado la felicidad<sup>52</sup>.

Para que este ideal del sabio resulte con más cuerpo y colorido, suelen yuxtaponerlo a la caricatura que hacen del no-sabio: loco, insensato, desgraciado, vicioso, desterrado de la sociedad, carente de ciudad, de patria, de familia. Y como en relación a la sabiduría todos los imperfectos son iguales, así todos los no-sabios están sumergidos en la misma desgracia e infelicidad, cualquiera que sea el grado de proximidad a la sabiduría en que vivan, al igual que el ahogado está igualmente asfixiado tanto si flota en la superficie de las aguas, como si yace sumergido en el fondo del mar<sup>53</sup>. El hombre sumergido en la necesidad no puede progresar hacia la sabiduría, ni pasar insensiblemente de una condición a otra, como la flor se desarrolla insensiblemente en el fruto; pero sí puede sufrir una transformación total, de suerte que la suma irracionalidad pase a ser pura razón y *logos*. La mutación de la voluntad, reconocido el error sufrido, ya supone el paso a la condición de *sapiens*<sup>54</sup>.

Según los estoicos todos los insensatos sufren enfermedad de la mente<sup>55</sup>. «A la pasión del alma, destituida de la luz de la mente,

51 *Parad.* 33-40.

52 *Parad.*; 41, 52.

53 *Off.* 3, 48; cf. *Fin.* 4, 63-64; *Acad.* 2, 136-137.

54 Cf. *Phil.* 12, 5; 7; *Cael.* 28-30; 43.

55 *Tusc.* 3, 9; *Parad.* 27-32.

la llamaron demencia. Los no-sabios no están sanos, porque el alma que produce alguna pasión no está más sana que el cuerpo enfermo. De donde se deduce que la sabiduría es la salud del alma, y que la pasión es como una locura o demencia»<sup>56</sup>. No ven claro su destino, ni siquiera conocen su propia naturaleza. Y aunque esto no lo advierten continuamente, es que les sucede como al ciego, parece que no huele, remuévelo y sentirás su hedor<sup>57</sup>. Las pasiones los llenan de amargas y angustias<sup>58</sup>, y los mantienen siempre en el error<sup>59</sup>. Viven la única esclavitud verdadera, la del alma tiranizada por las pasiones<sup>60</sup>, por eso carecen de la libertad del alma<sup>61</sup>. Son siempre miserables<sup>62</sup>, aunque almacenen tesoros en sus arcas<sup>63</sup>. Como los no-sabios no conocen su destino, ni su función en la tierra, están siempre en desacuerdo con su propia naturaleza y no pueden menos de sentirse constantemente desgraciados.

Junto a estas sombras fatales surge más espléndidamente la figura señera del sabio, que lleva en sí el *logos* sano y fuerte. En medio de las seducciones exteriores y de los apetitos interiores se mantiene firme en el conocimiento verdadero. Jamás se deja engañar por la apariencia falsa. Si duda, recurre a la razón. No se equivoca jamás, porque su alma está siempre tranquila y llena de luz<sup>64</sup>. Puede gloriarse de su vida, porque siempre será feliz<sup>65</sup>. Es fuerte, invencible, y aunque su cuerpo aparezca encadenado, su alma goza de la mayor libertad<sup>66</sup>. Es moderado y constante<sup>67</sup>. No está sujeto a enfermedades ni molestias<sup>68</sup>; está libre del error e inmune contra las perturbaciones<sup>69</sup>. Nunca se ensoberbece, ni se

56 *Tusc.* 3, 10.

57 *Tusc.* 4, 54.

58 *Tusc.* 4, 35.

59 *Tusc.* 4, 35.

60 *Parad.* 35 y 33.

61 *Parad.* 34 y 36.

62 *Fin.* 4, 66.

63 *Parad.* 43 y 44.

64 *Tusc.* 3, 15.

65 *Fin.* 3, 27-29.

66 *Tusc.* 3, 75; *Parad.* 16.

67 *Tusc.* 3, 16-18.

68 *Tusc.* 3, 14-15.

69 *Fin.* 33-34.

alborota<sup>70</sup>, ni siente deseos de venganza<sup>71</sup>, ni de envidia, ni de misericordia<sup>72</sup>; ni se intranquiliza, ni se turba<sup>73</sup>.

Aunque su existencia física depende del mundo exterior, lo de afuera no le afecta en el alma, porque pensando en la eternidad, desprecia todo lo temporal<sup>74</sup>. Esta independencia de cuanto lo rodea le hace gozar de la verdadera libertad, tanto con respecto a las personas, como a las pasiones<sup>75</sup>.

El merece ser dictador, general, rey<sup>76</sup>. Nunca es hombre privado<sup>77</sup>. Es perfecto, bueno, hermoso, «porque los contornos del alma son más bellos que los del cuerpo»<sup>78</sup>; sólo él es rico<sup>79</sup>.

El sabio no se inclina más que ante la divinidad, que siempre lo escucha, porque él es un ser divino<sup>80</sup>. Sólo el sabio es dichoso<sup>81</sup>. Siempre está contento con su propia suerte<sup>82</sup>. Siempre es feliz y nadie puede ser más feliz que él<sup>87</sup>.

Y si algún día la incomodidad de la vida o de los dolores físicos pretenden conturbarlo, tiene el recurso de poner fin a su dichosa existencia<sup>83</sup>, hallando una razón para morir<sup>84</sup>, y lo hace como obedeciendo a la voz de Dios que lo llama a sí<sup>85</sup>. Encuentra en el suicidio la salida de una vida incómoda, recurso que defienden los estoicos como medio de evitar un mal moral<sup>86</sup>.

Y como síntesis y por boca del estoico M. Catón el Uticense presenta así Cicerón al sabio estoico de cuerpo entero: «¡Qué austera, qué magnífica, qué consecuente resulta la persona del sabio! El cual, enseñando que únicamente lo honesto es bueno, es necesario que sea siempre feliz y que verdaderamente posea estos títulos

70 *Tusc.* 3, 19.

71 *Tusc.* 3, 19.

72 *Tusc.* 3, 19-21.

73 *Off.* 1, 66-69.

74 *Tusc.* 4, 37; *Fin.* 3, 75.

75 *Fin.* 3, 75.

76 *Fin.* 3, 75.

77 *Tusc.* 4, 57.

78 *Fin.* 3, 75.

79 *Fin.* 3, 75; *Parad.* 42 ss.

80 *Fin.* 3, 75; 29; *Amic.* 7, *Rep.* 1, 28.

81 *Fin.* 3, 60 y 61.

82 *Tusc.* 5, 53.

83 *Fin.* 5, 47-48.

84 *Fin.* 3, 60 y 61.

85 *Tusc.* 1, 74.

86 *Fin.* 3, 60-61.

de los que suelen burlarse los ignorantes. Merecerá el título de rey mejor que Tarquinio el Soberbio, que no pudo regirse a sí mismo, ni a los de su casa; merecerá el título de maestro del pueblo (esto significa el nombre de dictador) mejor que Sila, que fue superior a todos en tres vicios pestíferos: la lujuria, la avaricia y la crueldad; se llamará rico con más propiedad que Crasso, que si no se hubiera visto en necesidad nunca hubiera querido pasar el Eufrates para hacer la guerra. Con razón se dirá que posee todo, y que es el único que sabe hacer buen uso de todo; con razón se llamará también hermoso, porque los contornos del alma son más hermosos que los del cuerpo; justamente se llamará el único libre, sin que se someta al dominio de nadie, ni sirve como esclavo a sus pasiones; con razón se llamará invencible, porque aunque su cuerpo se vea entre cadenas su ánimo está siempre libre de pasiones. Y no espera al fin de su vida, para que se juzgue si fue feliz cuando la muerte ponga término al último día de su vida, como le advirtió poco sabiamente a Creso uno de los Siete Sabios. Porque si hubiera sido feliz en algún momento hubiera llevado la felicidad hasta la pira que le fuealzada por Ciro. Y si esto es así, que nadie es feliz si no es bueno, y todos los buenos son felices, ¿qué hay que merezca más atención que la filosofía, o qué hay más divino que la virtud?»<sup>87</sup>.

#### b) *El sabio de Cicerón*

Cicerón lleva muy hondo en el alma la imagen de este sabio completo, que aspira en todos sus pensamientos y en todos sus actos a realizar la perfección humana en sí, como vemos en el desarrollo de la concepción filosófica del mundo para los hombres que tienen el deber de gobernar. «¿Que encontrará de bello o de duradero en las cosas humanas, quien haya visto estas sedes divinas o haya conocido la eternidad de la gloria? ¿O quien haya visto la pequeñez de la tierra, en primer lugar en conjunto, y luego la parte de ella que habitamos los hombres, y aunque bien pequeña, ignorada por muchísimas personas, tendremos esperanza de ver volar nuestro nombre sobre las alas de la gloria? Hay que tener por muy afortunado a quien no considera, ni llama bienes las fincas, los edificios, los rebaños, ni las grandes cantidades de oro, o de plata, porque sus frutos le parecen de poca importancia, limitado su

<sup>87</sup> *Fin. 3, 75-76*. Estas palabras del diálogo las pone Cicerón en boca del estoico M. Catón el Uticense.

uso, insegura su posesión y las ve muchísimas veces en posesión de hombres perversos. Aquel que puede gozar de todas las cosas como propias no por el derecho de los Quirites, o por un contrato civil, sino por la ley común de la naturaleza... ¿A quién en verdad puede considerarse más rico que aquel a quien nada le falta de cuanto es necesario para satisfacer las necesidades naturales?, ¿más poderoso que quien consigue cuanto desea? ¿o más feliz que aquel que se ve libre de toda pasión? ¿o de fortuna más sólida que quien, como suele decirse, puede salvarlo todo consigo mismo en un naufragio? ¿qué mando supremo militar, qué magistratura civil, qué reino puede ser más insigne que el que posee quien desprecia todo el poder humano, y juzgándolo todo inferior a la sabiduría, solamente dirige su ánimo hacia lo que es eterno y divino? ¡Aquel que está persuadido de que aunque muchos se llaman hombres, lo son únicamente quienes han logrado perfeccionarse por las artes humanas!»<sup>88</sup>.

Pero frente al ideal del sabio estoico de carácter sobrehumano y por consiguiente pura utopía, propone Cicerón otro tipo de sabio humano, basado en la honestidad común que se advierte en la generalidad de las almas buenas, que cumplen perfectamente sus deberes cotidianos de hombres, de miembros de familia y de la sociedad. Este concepto de perfección se basa en la interpretación de los *Deberes*, que son de dos clases: el oficio perfecto, absoluto, teórico, llamado por los griegos *katórzoma* o *kazékon téleion*. Se consideraba en sentido absoluto de forma que había de conseguirse en sí, y por sí, sin ninguna condición de las circunstancias del momento; y el deber *medio* o *común*, llamado por los estoicos *kazékon mesón* o *kazékon*, inspiraba una acción para la que había una razón plausible<sup>89</sup>.

El dirigir la vida según los *deberes perfectos* llevaba a la honestidad absoluta, es decir, a la virtud total y alquimiada del hipotético sabio estoico<sup>90</sup>. Perfección que nadie alcanzó jamás<sup>91</sup>, ni siquiera el mismo Zenón<sup>92</sup> y que no sirve más que para deslumbrar<sup>93</sup>.

88 *Rep.* 1, 26-28; *Tusc.* 4, 37-38.

89 *Off.* 1, 7-8.

90 *Off.* 3, 13.

91 *Amic.* 18; *Tusc.* 2, 51; *Acad.* 2, 145.

92 *Fin.* 4, 65.

93 *Fin.* 4, 37: «Stoici de sapiente nimis admirabiliter nimisque magnifice dicere uidentur».

La vida ordenada por los *deberes medios* o comunes, expuestos por Cicerón en los libros *De Officiis*<sup>94</sup>, es un ideal humano, al que todos pueden ir acercándose por su buena índole, por la educación y por el esfuerzo<sup>95</sup>. Es el tipo de los hombres perfectos y buenos<sup>96</sup>, que, viviendo según la naturaleza humana, inmersa en su ambiente respectivo, obran siempre bien; si no con una sabiduría plena e infalible, sí con una persuasión racional de que tiene causas justas para obrar así, «en quienes no reside la sabiduría perfecta, tampoco puede residir en absoluto aquel tipo de honestidad perfecta, pero sí cierta semejanza de la honestidad»<sup>97</sup>. *Similitudines* o *simulacra uirtutum*<sup>98</sup>, «señales, esbozos, imágenes de la virtud» estoica que es imposible lograr, ya que los estoicos no admiten ni sabiduría, ni virtud absoluta más que en el *sapiens* ideal. En el terreno de la Academia es evidente que no cabe la verdad absoluta, puesto que al hombre le es imposible conocerla, pero le basta lo «probable», conocimiento que constituye para el sabio la norma de su vida<sup>99</sup>, y a este conocimiento o a esta virtud «no hay hombre alguno en ningún pueblo que, tomando la naturaleza por guía, no pueda llegar a la virtud»<sup>100</sup>.

Pero como ni de Dios ni de los ángeles podemos tener una imagen perfecta, e ideamos lo más hermoso y acabado para representarlos a nuestra manera, así el ideal irrealizable del sabio estoico; y hemos de conformarnos con lo que nuestra naturaleza puede conseguir: una imagen del hombre perfecta, tal y como ha existido y existe. Esto sí es práctico, y esto sí es positivo y estimulante. «La virtud es la naturaleza perfeccionada y conducida a su mayor desarrollo»<sup>101</sup>. Pero la naturaleza real del hombre, no otra distinta ni imaginada. De estos hombres modélicos, sí podemos presentar ejemplos, para que el común de los hombres se estimule hacia su perfección humana y real: «Todos se ven traídos fuertemente hacia

94 Cf. *Fin.* 1, 7, 15; 3, 14-15.

95 *Off.* 4, 14; *Leg.* 1, 30; *Off.* 1, 46.

96 *Off.* 3, 16-17; *Amic.* 18-19.

97 *Off.* 3, 13; 1, 46.

98 *Off.* 1, 46.

99 *Nat. Deor.* 1, 12; *Tusc.* 4, 7; *Fin.* 5, 75; *Off.* 1, 18 y 20.

100 *Leg.* 1, 30; *Senect.* 5.

101 *Leg.* 1, 25.

estos ejemplos en los que se muestra la virtud»<sup>102</sup>. De este tipo de hombres cabales y buenos fueron los Decios, los Escipiones, Fabricio «el justo», M. Catón «el sabio» y Cayo Lelio, conocido también por el nombre de «sabio»; los mismos varones griegos reconocidos por «los Siete Sabios de Grecia», lo fueron según esta honestísima medida, conforme a la cual «presentaban una cierta semejanza y apariencia de sabios»<sup>103</sup>.

Más vale lo *bueno* real y asequible, que lo *mejor* cuando esto se cierne en estadios inaccesibles; por eso Cicerón, tan real y tan humano siempre, dice: Los estoicos hablan de una sabiduría que ningún hombre ha conseguido hasta ahora. Nosotros hemos de mirar a lo que por experiencia se halla en la vida común, y no lo que sólo existe en la idea del deseo. No me atreveré yo a decir que fueron sabios, según la regla de éstos, C. Fabricio, M. Curio y T. Coruncanio, a quienes tuvieron por tales nuestros antepasados. Y así, buen provecho les haga su nombre de sabiduría, igualmente odioso que poco inteligible, y concédannos a lo menos que éstos fueron hombres de bien; ¡pero ni aún eso! Dirán que esto no puede concederse sino a un sabio. Vamos nosotros más a la pata la llana, como suele decirse, y creamos que los que viven y se portan de suerte que se experimenta su fidelidad, su integridad, su bondad y su liberalidad, que en ellos no se descubren deseos, ni liviandades, ni atrevimientos, y que son, como los que acabo de nombrar, de gran constancia, como fueron reputados por buenos, así se les debe llamar, porque siguen en cuanto cabe a los hombres cabales, a la naturaleza, que es la mejor maestra de la vida<sup>104</sup>.

Y ciertamente este tipo de hombres bueno y perfecto, aunque carezca del orgullo de sentirse singular, es una persona feliz<sup>105</sup>. Y vemos la descripción que nos hace: «Yo creo que el bien mayor del

102 *Off.* 3, 16-17.

103 *Off.* 3, 16.

104 *Amic.* 18; *Acad.* 2, 127-128: «Est enim animorum ingeniorumque naturale quoddam quasi pabulum consideratio contemplatioque naturae: erigimur, altiores fieri uidemur, humana despiciamus cogitantesque supera atque caelestia haec nostra ut exigua et minima contemnimus. Indagatio ipsa rerum cum maximarum tum etiam occultissimarum habet oblectationem: si uero aliquid occurrit quod ueri uideatur humanissima completur animus uoluptate. Quaeret igitur haec et uester sapiens et hic noster, sed uester ut adsentiantur, credat, affirmet, noster ut uereatur temere opinari praeclareque agi secum putet si in eiusmodi rebus ueri simile quod sit inuenierit».

105 *Rep.* 1, 26-28.



hombre debe buscarse en la parte más excelente que hay en él. ¿Y qué hay en el hombre mejor que el entendimiento sagaz y firme? De tal bien debemos gozar, si queremos ser felices. Es así que el mayor bien del alma es la virtud, luego es necesario que en la virtud consista la vida feliz. Por eso todo lo que es honrado, glorioso, excelente y viene lleno de goces... y siendo claro y evidente que la vida feliz se compone de goces continuos y plenos, síguese que consiste en la honestidad.

Pero para no reducirlo todo a una cuestión de palabras, hemos de poner ciertos móviles y razones que nos guíen al conocimiento e inteligencia de esta verdad. Imaginemos un varón excelente en todas las artes del espíritu; supongámoslo ante todo, dotado de ingenio perspicaz, porque la virtud no suele albergarse en los entendimientos tardíos. Concedámosle, además un ardor increíble por la investigación de la verdad, de donde nace un triple fruto del alma: consiste el uno en el conocimiento de las causas y en la explicación de la naturaleza; el otro en huir de las cosas o en apetecerlas; el tercero en juzgar de la conveniencia, o de la repugnancia. En esto consiste toda la sutileza del discurrir y toda la verdad del juicio.

Y ¡qué goce llenará el alma del sabio ocupado día y noche en tales cuidados, cuando considere el movimiento y revolución del mundo, y las innumerables estrellas del cielo, fijas en sus mansiones determinadas, y vea los siete planetas cumplir su curso, sujetos a una ley constante y firme! La contemplación de ellos movió a los sabios antiguos a más alta investigación. De aquí nació la indagación de los principios de las cosas y de las semillas de donde habían nacido, y cómo habían sido engendradas, y cuál era el origen de cada una de las especies animadas o inanimadas, mudas o con voz, y cuál era su vida y cuál su muerte, y cuáles las vicisitudes y mutaciones de una especie en otra, y cuál el origen de la tierra, y qué peso el que la sostiene, y qué cavernas equilibran el mar, y de qué manera todas las cosas creadas buscan por la ley de la gravedad, el centro del mundo. Después que los sabios hubieron pasado muchos días y muchas noches en tal pensamiento, nació, dictado por el oráculo de Delfos, aquel otro precepto de conocerse el entendimiento a sí mismo, y reconocerse como enlazado con el entendimiento divino. Y de aquí insaciable gozo. El mismo pensamiento sobre la naturaleza y poder de los dioses encendió el deseo de

imitar su eternidad, y no me parece tan breve la vida cuando la veo ocupada en investigar los principios de las cosas y enlazarlos entre sí<sup>106</sup>. Pues aunque sea eterno y continuo su movimiento, es eterna la fuerza moderadora de la razón. El ánimo que todas estas cosas vea y considere con tranquilidad, mirará las cosas humanas como pequeñas e inferiores. De aquí nació el conocimiento de la virtud: por eso florecieron las virtudes todas, y se entendió cuál es en la naturaleza el sumo bien, cuál es el más extremo, y a qué principio han de referirse las obligaciones humanas, y cuál es el modo más digno de ejercitar la vida.

A estos dos géneros de filosofía natural y moral se agrega otro tercero, que se difunde y extiende por todas las partes de la sabiduría, y consiste en definir las cosas y distinguir el género, y añadir las consecuencias, y sacar las conclusiones, y distinguir lo verdadero de lo falso; ciencia en verdad muy útil para la recta estimación de las cosas. Eso mismo agranda y ennoblece los deleites y los hace más dignos del sabio. Pero todas estas cosas son compatibles con el retiro y aún con la ociosidad. Imaginemos que este sabio pasa al gobierno de la República, ¿quién podrá haber más excelente que él, pues con la prudencia podrá conocer lo que es más útil para con sus conciudadanos, y con la justicia se guardará mucho de cometer ninguna iniquidad en provecho propio, y pondrá, además, en práctica todas las otras numerosas virtudes? Añade a esto el fruto grande, la amistad, en la cual hace consistir el sabio no sólo la prudencia y régimen discreto de toda la vida sino un agrado extraordinario que nace del trabajo cotidiano: ¿Qué cosa puede desear la vida para ser más feliz? La misma fortuna es preciso que se reconozca vencida ante tantos y tan excelentes bienes. Y si en gozar de tales virtudes consiste la felicidad, y todos los sabios abundan en estos goces, necesario en confesar que todos los sabios son felicísimos»<sup>107</sup>.

Cicerón medita con frecuencia esta idea: el alma humana arrancada de la mente divina, con nada puede compararse más

106 *Tusc.* 1, 109: «Nemo parum diu uixit, qui uirtutis perfectae functus est munere».

107 *Tusc.* 5, 67-72. Como eco delicioso de estos pensamientos ciceronianos, los vemos admirablemente expuestos en las manifestaciones del ansia de conocer el misterio de la creación en Fr. Luis de León, en sus odas «¿Cuándo será que pueda...?». «Cuando contemplo el cielo» y «Alma región luciente».

que con el mismo Dios, si podemos hablar así<sup>108</sup>; y trata de acercarse a la vida de Dios y descansa en su misma esencia divina<sup>109</sup>.

Este es el hombre íntegro y cabal, que ha desarrollado sus facultades humanas, y por tanto ha conseguido el bien para el que Dios lo ha puesto en la creación. Será piadoso para con los dioses, justo y benéfico para con los hombres, amante de la patria y de la sociedad humana. Es el «hombre bueno», y «ya sabes a quiénes llamo yo hombres buenos: a todos los hombres dotados y adornados de las virtudes, los llamo ora sabios, ora hombres buenos<sup>110</sup>» son los que viven bien, sabiendo que este «bien» significa con costancia, con gravedad, con sabiduría y con fortaleza<sup>111</sup>.

Este es el hombre que puede acercarse a los dioses *pie et caste*, pensar en ellos, recibir sus dones y mejorarse con su contemplación, «porque el conocimiento de las cosas celestes infunde cierta modestia en los que ven cuán grande es la moderación y el orden en el ámbito de los dioses, e inspiran magnanimidad en los que contemplan las obras y acciones de los dioses, y mueven, finalmente a justicia a los que entienden cuán recta es la voluntad y cuán venerando el *numen* y potestad del sumo autor y rector de todas las cosas»<sup>112</sup>.

Considerando esto el hombre saca la conclusión de que ha de practicar la virtud por sí misma, no por la esperanza del premio, ni por el temor del castigo<sup>113</sup>, aunque también produce frutos admirables de gozo y de tranquilidad de conciencia. «Las mejores armas de la ancianidad son, en efecto, el conocimiento y la práctica de las virtudes que cultivadas en todas las edades de la vida, después de haber vivido larga e intensamente, producen frutos maravillosos,

108 *Tusc.* 5, 38, cf. *ib.* 1, 42.

109 *Tusc.* 1, 43.

110 *Tusc.* 5, 28; cf. *Fin.* 2, 45-47; 5, 58-60; *Amic.* 65: «uir bonus/sapiens»; *ib.* 100: «sapiens/perfectus homo».

111 *Tusc.* 4, 12: «Qui ita se gerunt, ita uiuunt, ut erorum probetur fides, integritas, aequitas, liberalitas, nec sit in eis ulla cupiditas, libido, audacia, sitque magna constantia, ut ii fuerunt, modo quos nominaui, hos uiros bonos, ut habiti sunt, sic etiam appellandos putemus, quia sequantur, quantum homines possunt, naturam optimam bene uiuendi duces» (*Amic.* 19): «Viros bonos eos, qui habentur, numeremus, Paulos, Catones, Galos, Scipiones, Philos; his communis uita contenta est, eos autem omittamus, qui omnino nusquam reperiuntur» (*Amic.* 21). Sobre Catón, cf. *Amic.* 10: «Caue Catoni anteponas ne istum quidem ipsum, quem Apollo, ut ais, sapientissimum iudicauit», se refiere a Sócrates. Cf. *Senect.* 5.

112 *Fin.* 4, 11.

113 *Leg.* 1, 48-52.

no sólo porque nunca abandonan, ni siquiera en los últimos momentos de la existencia, sino también porque el testimonio de una vida bien empleada y el recuerdo de muchas obras buenas, causan grandísima satisfacción»<sup>114</sup>. Hay que defender la virtud y protegerla con vigilancia y cuidado: «hay que estar siempre muy al tanto, porque se tienden muchas insidias a los buenos»<sup>115</sup>. En alas de la virtud subieron al senado de los dioses nuestro Rómulo<sup>116</sup>; Hércules, que fue divinizado por superar sus pasiones, simbolizadas en sus diez trabajos<sup>117</sup>.

Es verdad que el alma tiene desde el principio las semillas de las virtudes, pero también pululan por toda ella los vicios que llamamos perturbaciones y enfermedades, cuyos remedios hemos de buscar en la misma alma. «Cuanto mayor y más excelente y más divina es esta parte nuestra, tanto mayor diligencia exige. La razón bien encaminada ve cuál es la mejor, pero cuando se la abandona, cae y se envuelve en muchos errores»<sup>118</sup>. Como sucede en las enfermedades del cuerpo, no a todos los males se aplican los mismos remedios. «Uno se aplica al que llora, otro al que se compadece, otro al que envidia, y en todas estas cuatro principales pasiones hay que hacer una distinción, según que nos refiramos a la pasión en general, que es un verdadero apetito y desprecio de la razón, o a cada una de ellas en particular, como son el miedo, la liviandad...»<sup>119</sup>. Cada perturbación tiene una cura especial. Todos los movimientos del alma apartados de la recta razón son viciosos y el hombre debe enderezarlos obrando como racional. «Pretendemos que el varón magnánimo y fuerte que buscamos, sea constante y

114 *Senect.* 9.

115 *Pro Planc.* 59.

116 *Parad.* 11; *Rep.* 2, 17; 20; 1, 25.

117 *Rep.* 2, 41, en Lactant. *Inst. Div.* 1, 9, 1-5. *Pro Sest.* 102: «Haec imitamini, per deos immortalis, qui dignitatem, qui laudem, qui gloriam quaeritis! Haec ampla sunt, haec diuina, haec immortalia: haec fama celebrantur, monumentis annalium mandantur, posteritati propagantur. Est labor, non nego; pericula magna, fateor; «multae insidiae sunt bonis» uerissime dictum est; sed te «id quod multi inuideant multique expetant inscitiast», inquit. «postulare, nisi laborem summa cum cura eceferas». Siguiendo la idea de M. Tulio dice Fr. Luis de León, hablando con la Virtud:

«Tú, dende la hoguera  
al cielo levantaste al fuerte Alcides;  
tú en la más alta esfera  
con las estrellas mides  
al Cid, clara victoria de mil lides».

118 *Tusc.* 4, 57-58.

119 *Tusc.* 4, 59.

sosegado y grave y tal que mire las cosas humanas como inferiores a él. Tales hombres no pueden ser nunca ni tristes, ni temerosos, ni livianos, ni codiciosos, porque estos afectos sólo pueden ser propios de quienes creen que los acontecimientos humanos son superiores a su alma»<sup>120</sup>.

La filosofía es la verdadera maestra de la vida, capaz de encauzar a las almas por el camino de la perfección y de la sabiduría<sup>121</sup>; y de corregir nuestros defectos, y sacar las inclinaciones no racionales del alma<sup>122</sup>. Ella puede incluso arrancar de raíz nuestros vicios. Permitamos, pues, que la filosofía nos cure, porque, mientras nos domine el apetito, no podemos ser felices, ni razonables siquiera<sup>123</sup>.

Por el contrario, quien no domine sus vicios, y se deje llevar por sus caprichos, es como el auriga imperito que se ve arrastrado y pisoteado por sus propios caballos y vencido<sup>124</sup>, referencia que San Ambrosio da con estas palabras: «Pues el que no sabe moderar sus caprichos y pasiones es arrastrado, despedazado y pisoteado por sus caballos indómitos»<sup>125</sup>.

El sabio es un hombre que ha conseguido la felicidad. Todos deseamos la felicidad. Pero ¿en qué consiste? ¿Será falso el principio del cual no dudó el académico Cicerón —los académicos dudan de todo— cuando, al pretender sentar una base cierta donde la duda fuera posible, comienza su diálogo titulado *Hortensius* con estas palabras: «Todos ciertamente queremos ser felices? Esto es evidente»<sup>126</sup>. «¿Consiste la felicidad en vivir a su agrado? Si esto se propone ante la muchedumbre que llenaba el teatro, todos hubieran encontrado esto en el fondo de sus querer. Cicerón se propone esta dificultad, y su respuesta hace sonrojar a los que piensan así: Dice: ‘He aquí, exclaman no los verdaderos filósofos, sino los charlatanes, disputadores eternos, todos los que viven según su querer, son felices’. A esto llamamos nosotros vivir según el agrado. Luego añade: ‘Esto es ciertamente un error. Querer lo que no conviene es una gran miseria; y es menor desgracia no conseguir

120 *Tusc.* 5, 61.

121 *Tusc.* 5, 5: Cf. «El canto a la filosofía» de Cicerón en mi trabajo «*Actitud filosófica de Cicerón*», *Helmántica* 41 (1990), 35-83.

122 *Tusc.* 3, 22-23; 80-84.

123 *Tusc.* 5, 82-83.

124 *Rep.* 2, 68 en *Non.* p. 282.

125 S. Ambros. *De Virginitate*, 3, 2, 1.

126 S. Agust. *De Trinit.* 13, 4, 7.

lo que ansían que pretender alcanzar lo que no conviene'. Sentencia preclara y en extremo verídica»<sup>127</sup>.

Este mismo texto del *Hortensius* se halla en de *Beata Vita*. Santa Mónica, que asiste y toma parte en estos diálogos filosóficos, aprueba estas palabras de Cicerón, «con tales exclamaciones, que olvidados enteramente de su sexo, nos creíamos sentados junto a un gran varón, mientras yo consideraba, según era posible, en qué divina fuente abrevaba aquellas verdades»<sup>128</sup>.

—¿De dónde las tomaba M. Tulio Cicerón?— preguntamos nosotros.

JOSE GUILLÉN  
Universidad Pontificia de Salamanca

127 S. Agust. *De Trinit.* 13, 5, 8.

128 S. Agust. *De Vita Beata*, (BAC, tom. 1<sup>o</sup>, 634): «Y será feliz el que posee todo cuanto quiere? Entonces la madre (Santa Mónica) respondió: —Si deseas bienes y los tienes, sí; pero si deseas males, aunque los alcances, eres un desgraciado. Sonriendo y satisfecho, le dije: —Madre, has conquistado el castillo de la filosofía. Allí dice textualmente acerca de lo que estamos discutiendo: «Ecce autem, ait, non philosophi quidem, sed prompti tamen ad disputandum, omnes aiunt esse beatos qui uiuant ut ipsi uelint. Falsum id quidem; uelle enim quod non deceat, idem ipsum miserrimum. Nec tamen miserum est non adipisci quod uelis quam adipisci uelle quod non oporteat. Plus enim mali prauitas uoluntatis affert, quam fortuna cuiquam boni». Estas palabras las aprobó ella con tales exclamaciones que, olvidados enteramente de su sexo, creíamos hallarnos junto a un gran varón, mientras yo consideraba, según me era posible, en qué divina fuente abrevaba aquellas verdades.